
TEATRO ► BRONTË

Un mensaje de hace 150 años

Brontë

De William Luce. Traducción: Natalia Ferrán Graves. Versión
Laura Cepeda: Intérpretes: Laura Cepeda y Antonio Caro.
Compañía: Canalla Teatro. Dramaturgia y Dirección: Miguel
Morón.
Festival de Otoño. Teatro Alfil.

EDUARDO HARO TECGLÉN

Jane Eyre está vendiendo en estos momentos en Inglaterra 850 ejemplares diarios: la primera edición es de 1887. Este nuevo lanzamiento se debe a una película, pasada por la televisión; una más de las varias que se han hecho (recuerdo muy especialmente la de Joan Fontaine y Orson Welles) de la historia de la huerfanita que ama a un hombre que la oculta que está casado, pero cuya esposa es una pobre loca encerrada en los altos de la casa, que se abrasa en un incendio. Y ella se casa con el pobre viudo, que se ha quedado ciego... Bueno, es sólo una referencia: la novela la escribió Charlotte Brontë, una de las famosas hermanas poetas, novelistas, fantásticas y geniales. Y ella es el personaje de un monólogo con acompañamiento —quiero decir, de actriz, pero con un hombre que apenas sirve para subrayar algunas escenas y para que ella se dirija a alguien — que interpreta Laura Cepeda en el teatro Alfil, dentro del Festival de Otoño.

Es más su trabajo el que interesa que el monólogo en sí, que recoge una época de la vida de esta novelista, hasta su promesa de matrimonio con un párroco y hace referencia a sus no menos famosas hermanas: 1a, más famosa de ellas, Emily, autora de la novela *Cumbres Borrascosas*.

Interesa también, a juzgar por el público y sus reacciones, a las mujeres que escuchan cómo tuvieron que escribir con nombres masculinos para salvar los prejuicios, cómo hicieron así sus vidas y llegaron a sus cumbres.



TEATRO

BRONTË (***)

Memoria Poética

Autor: William Luce. **Versión:** Laura Cepeda. **Intérpretes:**

Laura Cepeda y Antonio Caro. **Dirección:** Miguel Morón.

Iluminación: Josep Solbes

Escenario: Teatro Alfil.

BRONTË, en general, como si con el apellido se globalizase la hennandad de tres mujeres que tuvieron que firmar sus libros con nombres de varón. Laura Cepeda es Charlotte, y también es Emily y es Anne: una parte de ellas. Laura Cepeda tiene registros bien afinados para vivificar, y diversificar esa síntesis. Charlotte es la protagonista la superviviente. No es la lucha de sexos, sino la memoria afectiva y poética la clave de esta obra.

Una mujer bella y sensitiva. Y pobre. Y desgraciada y sola. Charlotte Brontë, Jane Eyre, la adolescente triste víctima de una siniestra educación. El poder de la literatura será su venganza; sobre el lúgubre internado en que se torturó su infancia caerá una maldición. Lloraban mucho las adolescentes sensitivas y bellas cuando leían la triste historia de Jane Eyre. También aquí, en esta pieza, hay materia de lágrimas y llantos. Una conjuración de sombras, la memoria como elemento poético, la memoria como materia dramática. Recuerdo, evocación, fantasmas que fueron vida y han ido dejando un poso de

muerte sobre los ojos, las manos y los labios de Charlotte. Y esa es la interpretación de Laura Cepeda, segura y con una naturalidad poderosa e íntima, sin gestualidades innecesarias: ojos, lágrimas, palabra intensa. Y el gesto cómo una dimensión espontánea del espíritu. Y el contrapunto de Antonio Caro en el que converge esa procesión de evocaciones y sentimientos. Pero la obra, por la pluralidad de personajes que en Charlotte se desdobra y da cita, es Laura Cepeda. Aquí consigue una de sus interpretaciones de más afinados registros.



Crítica

Charlotte Brontë

De William Luce.

Int.: Laura Cepeda y Antonio Caro.

Dir.: Miguel Morón.

Cía. Canalla Teatro.

Estreno 21 de octubre.

Dur 1h 15 m.

Festival de Otoño.

Teatro Alfil. ***

El Alfil sigue combinando el humor interesante y funciones de tonos más graves como este ingenioso monólogo. Hace dos temporadas, también en el Festival de otoño, Laura Cepeda y su compañía aportaron el drama *La noche de las trébedas*, de Enquist, que coincide con esta función en temas apasionantes para algunos públicos: las contradicciones de vida y arte y la lucha por la igualdad entre los sexos.

Esta es una versión de una pieza estadounidense; a través de la mayor de las escritoras inglesas, Brontë, compone un retrato dinámico de sus sujeciones familiares, de su lucha literaria, y del tesón y la fuerza de una vida golpeada por las muertes sucesivas y tempranas de sus hermanos. El montaje ha enriquecido formalmente la entrega del monólogo. Hay un juego de tono ameno que explicita la teatralidad: pausa y distancias de los dos intérpretes con la pieza, presencia constante de un actor que sugiere varios personajes e interviene en los cambios de escena. sobre un eje narrativo (la escritura de una carta). la representación combina soliloquio, diálogos, imágenes poéticas y acciones apoyadas con objetos sencillos. Quizás el predominio del relato carga el espectáculo de linealidad y de cierta monotonía que el trabajo seguro de la actriz consigue superar.

José Henríquez

TEATRO

La soledad de una mujer entre letras

Laura Cepeda es Brönte

No tengo la menor duda de hago esta función por razones personales. Así arranca Laura Cepeda la conversación sobre este trabajo, que le ha llevado parte de su temor y de su amor a la vida, a la soledad y a la esencia de las cosas. Cuenta que Brönte, la función de William Luce que presenta en el Teatro Alfíl, la eligió a ella; no ella a la función. De un viaje a Nueva York y de un rastreo sustancioso por la editorial/librería Samuel Frenm, se trajo muchos textos dramáticos. Entre ellos figuraba uno que se deslizó “por error”, en el pedido. Era el texto que ahora ofrece dentro del cartel del Festival de Otono. Curiosamente, Laura Cepeda es una de esas mujeres que como Carmen Martín Gaité, se han dejado embrujar por el mundo de *Cumbres borrascosas* y por la historia de estas tres hermanas entregadas a la literatura.

“Las mujeres somos fuertes porque estamos enganchadas intimamente con la vida. Y por encima de la soledad o la confusión, no debemos olvidarnos de ese enganche visceral”. Es algo que la une a este mundo femenino, que ha querido trazar sin retazos románticos ni ingenuos. “Somos hijos de dos mil años de historia y cada ser huma-

no tenemos afinidades selectivas, porque nos movilizan cosas y nos hacen sentir menos solos. Y estas mujeres, las Brönte, tienen un mensaje esperanzador.

La menor de las hermanas, Charlotte, fue para Laura Cepeda “una mujer de gran carácter; apasionada y firme en sus creencias

y con un enorme complejo de inferioridad por no sentirse hermosa, aunque lo era, y vivió en una soledad perpetua”, añade. Por estas razones Laura Cepeda ha optado por este difícil trabajo, que interpreta junta a Antonio Caro y bajo la dirección de Manuel Morón.

En la apuesta hay una forma de compromiso. No sabe muy bien si éste es el momento idóneo para hablar de la soledad, de la terquedad personal, de la palabra como instrumento para encontrar un mundo propio ante un mundo

hermético y encerrado en sí mismo.

Aún así, ella lo desea “No me siento afín a la mayoría, pero ya ni siquiera externamente. No creo en el ego, en el dinero, en la prisa, en la productividad. Nos estamos encerrando en el dolor del cumplimiento del deber” Por ello hace esta función, que habla del derecho a ser imperfecto.



I.P.

Crítica de teatro

“Brontë”, tres hermanas, una biografía dramatizada

“Brontë”, de William Luce. Traducción: Natalia Ferrán Graves. Versión: Laura Cepeda. Dirección: Manuel Morón. Compañía Canalla Teatro. Intérpretes: Laura Cepeda y Antonio Caro. Teatro Alfíl.

Laura Cepeda, muy joven y muy bella actriz, ha tenido un ambicioso y gran acierto al enfrentarse con un texto muy difícil: el de la obra de William Luce, tiltulada, secamente, “Brontë”. No es, en sentido estricto, una pieza teatral, un monólogo. Es, más que autobiografía, el relato escrito de la vida de tres mujeres, las hermanas Brontë que escriben. Es la larga carta de Charlotte habla así, de su obra, de sus hermanas menores

Emily y Anne, de lo que éstas hicieron. En el corto espacio de un año mal medido, murieron las dos hermanas (Emily, en 1848 y Anne, en 1849). Charlotte, que no ha querido casarse, se ha quedado sola. Con su padre, el párroco Patrick, severo, encerrado en sí mismo desde la muerte de su esposa. Charlotte ha escrito una gran novela, “Jane Eyre”, entre otras, junto a poemas con sus hermanas, cuyo éxito llegaría mucho después ha fundado una escuela, ha probado otras cosas. Emily, a su vez, es la autora de “Cumbres borrascosas”. Anne ha sido institutriz. Charlotte recuerda, escribe eso, está, realmente sola aunque un joven parezca acompañarla y su padre parezca estar allí. En ese juego de pasado evocado, de corto presente, porque éste es sólo esa noche en que Charlotte recuerda y escribe.

Un texto de extraordinaria calidad literaria en el que parecen sonar frases escritas por la gran novelista británica. Un tratamiento teatral pulido, inteligente, que en el paso de lo narrativo a lo dramático, al hablarle al espectador, incurre en contradicciones técnicas. El juego, no obstante, es hermoso, sugerente, tierno, dramático, sentimental. En consecuencia, hay acción dramática. Hay momentos, in-cluso, muy

teatrales en que lo pasado, la vida vivida y narrada, se hace presente y real como si en su conjunto el montaje estuviera en un complejo sendero entre lo épico y lo dramático.

Laura Cepeda, al dar vida a esta mujer extraordinaria, logra la cima de su joven carrera. Dueña del gesto en que se expresan profundos y muy diferentes sentidos humanos, el calor en que vive a esta Charlotte que sueña, que se sacrifica: que espera

casarse algún y se casará en efecto, cuando finalmente venga a buscarla el reverendo Arthur Bell Nicholl, decidido a compatir con ella el cuidado del viejo y fatigado pastor que es padre de la escritora.

Laura Cepeda, tras un estudio a fondo y una dirección refinada, realiza todo un curso de expresión teatral. Los matices de una soledad llena de ternura, los encuentros, dramatizados con los personajes imaginarios o poco menos, la consagran como una actriz moderna, sensible, esplendida. Todo un vivir, toda una dimensión cultural, humana, vital, se suceden en estas escenas llenas de intimidad y de verdad. El homenaje amoroso a las hermanas Brontë, la alusión de pasada al hermano, ajeno al espíritu familiar, constituyen los temas de este profundo relato que al pasar a juego escénico desborda el tiempo y el espacio en ese largo anochecer en el que la modernidad, la teatralidad fantástica de este juego, superan las tres unidades clásicas en una narración-acción, que, sin embargo, las asume. Una gran actriz al servicio de un texto de alta calidad, original y eficazmente organizado.



Lorenzo LÓPEZ SANCHO

Por
JAIME
SILES



BRONTË

No es teatro todo lo representable ni es teatro toda representación. Para que este se produzca -y para que, como éste se produzca- y para que como tal exista-se precisa algo más que simple voluntad: se necesita, y es requisito indispensable, un determinado tratamiento del tiempo y un sentido del ritmo en que se desarrolla, en la escena, el proceso artístico que llamamos “acción”. En la novela cervantina se logra ésta por el emborronamiento óptico, la “falsa dicción” y por lo que Edmund de Chasca ve como violentos y continuos contrastes. En el teatro se consigue por algo más que la voz de un solo personaje: por algo superior al monólogo y al diálogo, por algo que es interactivo y que conecta y comunica lo interior con lo externo, lo íntimo con lo exterior y los traduce a un unitario plano de interpretación y representación, escenográfica y escénica. No basta, pues con la presencia de un actor, por grande y sublime que este sea; no es suficiente una sola actriz, por magistral que sea su papel de intérprete: se necesita una corriente emotiva, tan fuerte como la descarga de una profunda, indefinible y extraña, electricidad, sin la cual ningún arte existe. William Luce se ha atrevido a dar forma al movimiento psíquico que fue Charlotte Brontë y a escenificarlo en una operación dramática posible que no siempre coincide con el teatro ni con lo teatral y en la que nos trasmite el precio -siempre demasiado caro- de la vida. Una carta del 21 de junio de 1849, escrita después del entierro de su hermana Anne y en la espera de la visita del reverendo Athur Bell Nicholl, le sirve para articular un relato en el que lo narrado -y también lo vivido- constituyen su hilo conductor. La combinación de la lectura del texto de la carta, el acierto de la música elegida y el hallazgo de la cinta magnetofónica crean un clima que prepara la salida a escena de la actriz cuyo primer paso se produce dentro de un coloquio en el ámbito mismo de su intimidad: en el pormenorizadísimo relato de una “tarde caprichosa y fría” y en el

vómito que le ha dejado extendido, sobre su capa, una niña que, en compañía de su no demasiada delicada madre, viajaba en el mismo compartimento del tren. Eso y una ligera anécdota a propósito del paraguas que ha perdido entre los resquicios de tantos incidentes. El segundo paso -que es, en verdad, un musical movimiento, interpretado con gracia instintiva y con soltura magistral- se inicia con el acto mismo de la escritura de la carta, que se dispone a comenzar y en el que habla del lugar, de su enclave y de su territorio, definido por ella como “el paraíso de un misántropo”, la composición de la figura es aquí superior a efecto teatral de la palabra; la iluminación, muy acertada; y el tono de relato y el compás del lenguaje, ajustados a las posturas del cuerpo y proporcionales a la figura sedente que se expresa de manera fluida, directa y natural. En ese instante el público no presta atención a lo que Laura Cepeda dice sino a cómo lo va diciendo: a sus pausas, sus ritmos y su entonación. Tal es el artístico dominio que la actriz demuestra poseer aquí sobre el papel que ahora es su figura. La Brontë describe cómo escribió la gran historia de su vida y el público comprende la situación de unas mujeres, reducidas por el imperativo social dominante en su tiempo, a vivir al dictado de los compases, casi siempre unísonos, del piano, la mecedora y el reloj. Su relato proyecta, en nuestra imaginación, un muy completo tejido de asociaciones, en lo que los recuerdos de familia se confunden con los de la sociedad. Una navegación por el mar de las Brontë nos permite asistir, por el agujero de la cerradura del tiempo, de las clases de religión y de costura, a la personalidad de su tía y a los bordados que su hermano sabía hacer, la lectura de uno de los fragmentos, que escribían en los cuadernos que ocultaban, nos introduce en su vida, “oscuramente sombría”, como de

ella se declara aquí. No querían que se supiera que eran mujeres y se vieron obligadas a ocultar su femenina condición bajo el literario disfraz de un pseudónimo. De todo ello hay claro reflejo en la conversación con su padre, al que siempre le encantaba el fracaso. La voz de Laura Cepeda corta el contorno gris de las palabras como si ella fuera una tijera y el aire, una tela, un papel o un cristal. Refiere las dificultades con su hermano, alude a la “colección de plumas” que tenía éste y concluye que “en todas las casas... hay tristeza”. Pasa de puntillas por el tema tabú del adulterio, recalca en Bruselas y en el amor del profesor de retórica, y en el momento del confesionario, llega a ser perfecta la iluminación. El segundo acto resulta más descarnado y duro: habla sobre ciudades y sobre el “imán negro” de su pueblo; reconoce que “odia con toda su alma”; se vuelve rencorosa y negativa e interpreta a cada de sus hermanas según la máscara que fueron y que, en cierto modo, todavía son. Busca el final de un laberinto y encuentra un páramo en el que sólo reina la soledad: pide “una época dulce, una época apacible”. No la pide: la ordena. Entona la canción de cuna que recuerda- cantaba su madre y la memoria se llena con la imagen de la muerte de Emily. Hay un momento cómico, el único de cierta relajación a propósito de dos signos esperpénticos “Un ojo de cristal y una pierna de madera”, recuerda que le decían “fea”, aunque reconoce que “no es extraño el amor...”. Habla con su padre, conversa con sus hermanas, afirma su creencia “en la felicidad” y acepta su “señal violenta”. Los “amables ojos” del señor Nicholl están a punto de llegar. En “Brontë” la interpretación es mejor que la obra: Laura Cepeda resulta superior: a William Luce, y la perspectiva del relato sostiene y rige el curso de la acción. ¿“Brontë” es teatro?

Laura Cepeda es “Brontë”, en el Alfil

Nombres de mujer

TEATRO

TODO el que haya leído “Jane Eyre”, la genial novela de Charlotte Brontë, no puede por menos que estremecerse al conocer el hilo conductor del monólogo del mismo nombre escrito por William Luce: Charlotte regresa al atardecer a la casa paterna de Haworth, después de haber enterado a su hermana Anne y, allí, mientras escribe una carta a una amiga espera la visita de su futuro esposo, el señor Nicholls, va desgarrando recuerdo tras recuerdo en un intento de saber por qué ha vuelto a un hogar y a un padre que detesta

Laura Cepeda, la actriz y productora que se ha arriesgado a llevar a escena este difícil monólogo, basado en las cartas que se conservan de la escritora, es la primera en rendirse, junto con el director de la obra, Manuel Morón, ante la profunda emoción que el mundo interior de Charlotte Brontë suscita en sus lectores; de hecho, cuando habla del personaje de Charlotte utiliza un sospechoso “TÚ” muy revelador: “Se trata de un trabajo tan personal, que a veces, ya no sé si soy Charlotte, o es ella la que es Laura Cepeda (se ríe)... Los actores no hemos nacido para gustar ni para tener éxito, hemos nacido para conmover a los demás si antes nos conmovemos a nosotros mismos, adentrándonos en nuestra propia intimidad a través de la intimidad de los personajes”

En este sentido, Laura Cepeda no podía haber elegido mejor papel que el de Charlotte Brontë, una mujer que escondía tras su metro cincuenta de estatura, un cerebro y un corazón de grandeza y riqueza impresionantes: “Lo que más me atrajo de Brontë fue la enorme capacidad para enfrentarse al dolor y convertirlo, mediante la creación literaria, en una obra de arte. Creo que hay que tener mucho respeto hacia uno mismo para vencer las terribles adversidades de todo tipo que sufrió Charlotte y seguir luchando por conseguir el puesto que te corresponde en la vida. Y es que, al final, en uno u otro momento, todos nos damos cuenta de que lo único bueno que tenemos y que nos distingue de los demás, somos nosotros mismos, sin aditivos ni colorantes”.

A.G.

Laura Cepeda es la protagonista de “Brontë”, una obra basada en las cartas de Charlotte Brontë

Día 21, estreno. Teatro Alfil (C/ Pez, 10. Tfn. 5215827). 1.300 y 1.800 pts.